

RUBÉN PERETÓ RIVAS

CONICET – Universidad Nacional de Cuyo

Mendoza – Argentina

rpereto@gmail.com

In Memoriam: Laura Corso de Estrada

Los colegas que participan en este dossier sin duda desarrollarán con profundidad las múltiples cualidades profesionales de la profesora Laura Corso de Estrada, una figura que dejó una huella imborrable en el ámbito académico argentino y en quienes tuvimos el privilegio de conocerla. Su rigor en la investigación, su pasión por la enseñanza de los autores clásicos y medievales, y su entusiasmo incansable por generar proyectos, encuentros científicos y publicaciones son solo algunas de las facetas que la distinguieron como una académica excepcional. Sin embargo, en este espacio que la revista *Sapientia* me ha invitado a ocupar, quiero centrarme en un rasgo de Laura que, a nivel personal, me impactó profundamente a lo largo de los años en que fui su amigo: su generosidad. Una generosidad gratuita, desinteresada, que se derramaba sin reservas sobre quienes teníamos la fortuna de estar cerca de ella, y que no solo transformó vidas individuales, sino que marcó un estilo de vida académico y humano.

Laura no era solo una académica brillante; era una persona que vivía su vocación con una autenticidad y un compromiso que trascendían las aulas y los libros. Su capacidad para conectar con las personas, para inspirarlas y

para abrir puertas a quienes apenas comenzaban su camino en el mundo académico fue una característica de su carácter. Y yo soy testigo de ello. Corría el año 2001 cuando me integré al Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Cuyo con un proyecto de investigación sobre Alcuino de York, un personaje clave del renacimiento carolingio. En ese momento, mi experiencia en el ámbito académico era aún incipiente, y mi entusiasmo juvenil a menudo superaba mi prudencia. Poco tiempo después, recibí un correo electrónico de Laura Corso de Estrada, a quien solo conocía de nombre debido a su prestigiosa trayectoria en el estudio del pensamiento medieval. En su mensaje, Laura me invitaba, con una calidez inesperada, a participar en la traducción de algunas obras breves de Alcuino para ser publicadas en la colección de *Pensamiento Medieval y Renacentista* de la editorial Eunsu, dirigida por don Juan Cruz Cruz.

Con la inconsciencia propia de la juventud, acepté la propuesta sin medir del todo la envergadura del compromiso. Dos años después, en 2004, el libro se presentó en Buenos Aires en un evento memorable que reunió a destacados académicos, incluidos don Juan Cruz Cruz y otros colegas españoles. Fue allí, en esa presentación, donde conocí personalmente a Laura. Su presencia me impactó por la seguridad y la pasión que emanaban de ella. Su sonrisa franca y su interés genuino por cada persona en la sala hacían que todos se sintieran bienvenidos. La velada continuó con una comida en un elegante salón porteño, donde, entre conversaciones sobre filosofía, literatura y teología, comenzó una amistad que perduraría por más de dos décadas.

Ese primer encuentro marcó el inicio de una relación que no solo fue profesional, sino profundamente personal. Laura tenía la habilidad de transformar un evento

académico en una experiencia humana, de tender puentes entre las personas y de hacer que cada interacción fuera significativa. Aquel día, mientras compartíamos ideas y risas, comprendí que Laura no solo era una académica de excelencia, sino una persona adornada por muchas otras virtudes.

Si hay una palabra que define a Laura Corso de Estrada, es generosidad. En el mundo académico, donde a menudo prevalece la competencia y la tendencia a guardar celosamente información o contactos, Laura era una excepción luminosa. Su disposición a compartir oportunidades, a conectar a las personas y a promover el trabajo de otros era, para mí, casi desconcertante. Yo provenía de una formación en Roma y Bonn, entornos académicos exigentes donde la exclusividad y el prestigio suelen ser la norma. Sin embargo, Laura rompió con esos moldes desde el primer momento.

Apenas unos meses después de conocernos, Laura me propuso organizar en Mendoza unas jornadas anuales dedicadas al pensamiento medieval. La propuesta no solo era ambiciosa, sino también profundamente generosa: Laura, acompañada de don Juan Cruz Cruz, ofrecía el respaldo de la Universidad de Navarra y de la Universidad Austral, y la posibilidad de que los trabajos presentados en estas jornadas fueran publicados en la prestigiosa editorial Eunsia. Para un joven académico como yo, esta oportunidad era casi inimaginable. ¿Cómo podía alguien, con tan poco tiempo de conocerme, confiar en mí para un proyecto de tal magnitud? ¿Era esto ingenuidad? Con el tiempo, comprendí que no era ingenuidad, sino una convicción profunda en el potencial de los demás y un compromiso con el avance del conocimiento.

Acepté la propuesta, nuevamente con esa mezcla de entusiasmo e inconsciencia que caracterizaba mis

decisiones en esa etapa. Así comenzaron las jornadas anuales en la Universidad Nacional de Cuyo, que durante una década se convirtieron en un punto de encuentro para medievalistas de Argentina, Hispanoamérica y Europa. Los temas tratados en estas jornadas eran tan variados como profundos: la antropología cisterciense del siglo XII, la metafísica y la dialéctica en los períodos carolingio y franco, la naturaleza y la persona en Pedro Lombardo, las teorías de la virtud en la Edad Media, la antropología de San Alberto Magno, entre muchos otros. Cada encuentro era un testimonio del rigor académico y de la capacidad de convocatoria de Laura, quien no solo participaba como co-organizadora, sino que también aportaba su experiencia y su red de contactos para enriquecer las discusiones.

Las jornadas anuales en Mendoza no solo fueron un éxito académico, sino también un espacio de formación y crecimiento para todos los que participamos en ellas. Laura tenía un don especial para identificar temas que no solo eran relevantes, sino también capaces de inspirar a los investigadores a explorar nuevas perspectivas. Su conocimiento profundo del pensamiento medieval le permitía guiar las discusiones con una precisión que nunca dejaba de impresionar. Sin embargo, lo que hacía que estas jornadas fueran únicas no era solo su contenido, sino la atmósfera que Laura creaba. Cada evento estaba impregnado de su entusiasmo, de su capacidad para hacer que todos se sintieran parte de algo importante, y de su habilidad para conectar a personas de diferentes contextos y generaciones.

Recuerdo particularmente una jornada dedicada a la antropología cisterciense, donde Laura moderó una mesa redonda con académicos de Argentina, Chile y España. Su intervención no solo aclaró puntos complejos sobre la influencia de Bernardo de Claraval en el pensamiento

medieval, sino que también logró que los jóvenes investigadores presentes se sintieran animados a compartir sus propias ideas. Al final del día, uno de los asistentes, un estudiante de posgrado, me comentó: “Nunca había sentido que mi voz importara tanto en un espacio académico”. Ese era el efecto de Laura: hacía que todos, desde los profesores más experimentados hasta los estudiantes más novatos, se sintieran valorados y escuchados.

Las publicaciones que surgieron de estas jornadas, editadas con el rigor característico de Eunsa, son un legado tangible del trabajo de Laura. Cada volumen refleja no solo su compromiso con la excelencia académica, sino también su visión de la filosofía medieval como un campo vivo, capaz de dialogar con las preguntas contemporáneas. Como editora, Laura era meticulosa, pero nunca impositiva. Sus comentarios siempre buscaban mejorar los textos sin desvirtuar la voz del autor, un equilibrio que pocos logran con tanta maestría.

Más allá de su impacto en el ámbito académico, los momentos que más atesoro de Laura son los encuentros personales, aquellos en los que su generosidad se manifestaba en gestos simples pero profundos. Cada vez que viajaba a Buenos Aires, Laura y su esposo, Fernando Estrada, me invitaban a su espléndido departamento en la calle Junín. Ese lugar era un reflejo de ellos: techos altísimos, puertas con cristales biselados, paredes cubiertas de libros y obras de arte, especialmente pintura cuzqueña, que Laura coleccionaba con pasión. Entrar en su hogar era como sumergirse en un mundo donde la cultura, la belleza y la hospitalidad se entrelazaban de manera natural.

Laura era una anfitriona excepcional. Sus “invenciones” culinarias, como ella las llamaba, eran un deleite. Preparaba platos que combinaban sabores tradicionales con toques creativos, y cada comida era una

oportunidad para compartir historias, ideas y risas. Las conversaciones en esas veladas podían extenderse por horas, abarcando desde la teología de Tomás de Aquino hasta la política contemporánea, pasando por anécdotas personales y reflexiones sobre el arte. Fernando, con su agudeza y humor, complementaba perfectamente a Laura, y juntos creaban un ambiente donde todos se sentían en casa.

Su generosidad no se limitaba a los grandes gestos, como abrir oportunidades para jóvenes investigadores o conseguir financiamiento para publicaciones. También se manifestaba en los detalles: una llamada para preguntar cómo estaba un colega, un correo con una referencia bibliográfica útil, o una invitación a compartir un café para discutir un proyecto. Estos pequeños actos, que podrían parecer insignificantes, eran en realidad la base de su impacto. Laura tenía la habilidad de hacer que cada persona se sintiera vista, escuchada y valorada.

La partida de Laura Corso de Estrada dejó un vacío inmenso en la comunidad académica y en los corazones de quienes la conocimos. Sin embargo, su legado sigue vivo en las publicaciones que editó, en los estudiantes que inspiró, en los colegas que apoyó y en los recuerdos que atesoramos. Su vida fue un testimonio de que el rigor intelectual y la generosidad humana no son opuestos, sino complementarios. Laura nos enseñó que el conocimiento, cuando se comparte con amor, tiene el poder de transformar el mundo.

A medida que escribo estas palabras, no puedo evitar pensar en las muchas veces que Laura me animó a seguir adelante, a no temer a los desafíos y a confiar en que el trabajo bien hecho siempre encuentra su lugar. Su fe, tanto en el sentido religioso como en su confianza en las personas, era contagiosa. En un mundo académico que a

menudo puede ser frío y competitivo, Laura fue un faro de calidez, humanidad y virtudes cristianas.

Cierro este texto con un profundo agradecimiento a Dios por haberme permitido conocer a Laura Corso de Estrada, por haber sido testigo de su generosidad y por haber compartido con ella momentos que seguirán viviendo en mi memoria. Su vida fue un regalo, no solo para quienes la conocimos, sino para todos aquellos que, a través de su trabajo, se han enriquecido con su pasión por el conocimiento y su amor por los demás.